

TODAS LAS
CANCIONES
DE AMOR
QUE SUENAN
EN LA RADIO

CRISTINA PRADA



Cuando una huelga de metro hace que Maddie Parker llegue tarde a su entrevista de trabajo, no imagina cuántas cosas están a punto de cambiar. Entre ellas, conoce al atractivo, arrogante y exigente Ryan Riley, un empresario de éxito que le ofrece un empleo imposible de rechazar.

Ryan siempre ha controlado todos los aspectos de su vida, pero ahora se siente irresistiblemente atraído por la sexy, inocente e inteligente criatura que, rompiendo todas sus reglas, ha decidido contratar. ¿Cuánto tiempo podrá contenerse?

Entre peleas y reproches, tanto en la oficina como fuera de ella, acabarán cayendo sin remedio en una relación salvaje, descarada y adictiva que hará que Maddie descubra sus propios límites y todo lo que Ryan significa para ella.

Bajo el increíble y sofisticado telón de fondo de la ciudad de Nueva York, Maddie y Ryan vivirán una intensa aventura de amor donde el odio, el deseo y el placer les conducen a una pasión desenfrenada.

Para el hombre de mi vida

1

Me calzo mis botas color camel de media caña sin tacón y con tachas, y me levanto de un salto de la cama. Voy hasta el baño y lucho frente al espejo para domesticar mi indomable melena castaña, pero es una batalla perdida y al final opto por hacerme una cola de caballo. Vaya, así se me ven aún más las ojeras. Quedarse estudiando toda la noche tiene sus consecuencias. Debería maquillarme un poco.

Me asomo a la puerta y, poniendo en compromiso mi integridad física, consigo inclinarme lo suficiente para ver el reloj de la cocina. Son las nueve y veinticinco. ¡Es tardísimo!

Salgo al salón ajustándome la camiseta nadadora blanca y el jersey azul marino de punto con escote muy ancho que deja uno de mis hombros al descubierto. Ya estamos en julio, pero no te puedes fiar del tiempo en Nueva York en esta época del año. Llevo mi falda azul con lunares blancos. Tiene algo de vuelo y me queda por encima de las rodillas. Me encanta esta falda. Además, me trae suerte y la necesitaré para mi examen, ya que, para colmo de males, es con el señor Adreson.

Álex, mi mejor amiga, está sentada en el borde de mi sofá, mordiéndose las uñas compulsivamente. Me alegra comprobar que no soy la única que está sufriendo un ataque de nervios interno por este examen. ¡El último!

—¿Estás lista, Maddie? —me pregunta levantándose enérgicamente.

Voy a responder, pero Álex me lo impide haciéndome un gesto con la mano a la vez que se lleva su BlackBerry al

oído. Yo aprovecho para buscar mi bolso, escondido en algún punto del salón.

—Bajamos en un segundo... lo sé... lo sé —responde mecánicamente—. Hasta ahora.

Guarda su móvil en el bolso.

—James nos espera abajo. Está muy nervioso y muy pesado —dice poniendo los ojos en blanco. Es una de sus más arraigadas costumbres, sobre todo si habla de su hermano James.

Yo sonrío y por un momento me distrae de los nervios que siento.

—Será mejor que no le hagamos esperar.

Bajamos desde mi cuarto piso sin ascensor en la 10 Oeste con la calle Bleecker. Vivir en el West Village es caro. Vivir en un cuarto sin ascensor, en un diminuto apartamento, es menos caro.

—¿Cuándo dejaremos todo esto y nos mudaremos a Martha's Vineyard? —protesta Álex mientras entra en el viejo Chevrolet Camaro convertible de su hermano.

—No te quejes —le replico—. Te encanta esto. No sobrevivirías ni quince minutos sin ver un taxi amarillo.

Me siento en la parte de atrás y busco en mi bolso el brillo de labios. Mientras me lo doy mirándome en el espejo retrovisor central, mi mirada se cruza con la de James.

—Señorita Parker —me saluda con fingida cortesía profesional.

—Señor Hannigan —le respondo de igual modo y ambos sonreímos.

Pone el coche en marcha. En el equipo de música suena *The lazy song*^[1], de Bruno Mars. Cómo me gustaría estar haciendo ahora mismo todo lo que dice la letra de ese tema, sobre todo eso de tumbarme en la cama jurando que hoy no pienso hacer absolutamente nada. Sonrío ante esa posibilidad justo antes de que toda mi atención vuelva a concentrarse en los nervios que atenazan mi estómago.

James aparca frente al edificio Arthur L. Carter cerca de la Sexta Avenida. Los tres tenemos esta mañana nuestro último examen del máster en gestión de publicación impresa que hacemos en la Universidad de Nueva York. No puedo creerme que sea el último. Hace exactamente un año estábamos licenciándonos en Periodismo en Columbia y este día parecía lejanísimo.

—Bueno, chicos, hagamos este examen y pasemos tres días quemando la ciudad —nos arenga Álex.

Los tres vitoreamos esa idea y salimos del coche.

Tengo que respirar hondo cuando veo al profesor Adreson atravesar la puerta del aula 7B. Señala a uno de los alumnos de la primera fila y éste se levanta diligente y comienza a repartir bocabajo los exámenes.

Estoy muy nerviosa, más de lo que creí que estaría. Tengo que pensar en algo para relajarme, por ejemplo, en lo que haremos cuando salgamos de aquí. Iremos a tomar Martinis Royale a The Vitamin. Bueno, yo sólo uno. Tengo una entrevista de trabajo en el centro para el puesto de ayudante de editor en la revista de arquitectura *Spaces*. Es mi puesto soñado, aunque no en mi revista soñada. Aun así, necesito el trabajo. Dejé mi empleo en la tienda del señor Bolton hace tres semanas para poder estudiar los exámenes finales, por lo que debo a mi casero exactamente tres semanas de alquiler. Está teniendo mucha paciencia. Es un buen hombre, y su mujer y él siempre me han tratado muy bien, pero no puedo evitar preocuparme cada vez que regreso a casa por si me encuentro una nota de desahucio clavada en mi puerta.

Exactamente a las diez en punto el señor Adreson nos autoriza a darle la vuelta a los exámenes. Sonríe casi al borde del colapso al comprobar mi tema por desarrollar: «La influencia del Pop Art en las ediciones estadounidenses durante la década de los sesenta. Comparen las figuras de Andy Warhol, Briton Hadden y Henry Luce». No podría ha-

berme ido mejor. Es mi tema estrella. Definitivamente, mi falda de la suerte nunca falla.

Una hora y cuarenta y dos minutos después, volvemos a encontramos en el *hall* del edificio y, absolutamente eufóricos, nos encaminamos a The Vitamin.

—¿Y por qué aceptas un trabajo en una revista de arquitectura? Suena muy aburrido.

Álex finge dar una cabezada sobre el hombro de Charlie, el mejor amigo de su hermano, para escenificar el tedio que sólo nombrar una revista de arquitectura produce.

—Porque necesito el trabajo. Hace tres semanas que dejé mi empleo en la tienda.

—¿No tendrás problemas de pasta?

Odio que Álex me conozca tan bien.

—Claro que no.

Me mira suspicaz.

—No tengo para un crucero por las islas griegas, pero estoy bien.

No puedo contarles la verdad. James, Álex y yo nos conocimos el primer día de universidad. Ellos viven en un apartamento mucho más grande que el mío, pero en la misma planta. Su padre, uno de los médicos más importantes de Nueva York, se lo compró cuando decidieron estudiar aquí. Son una familia más que adinerada. Sé que si les cuento mis apuros económicos, querrán ayudarme y pondrán a funcionar la chequera de su padre o la de su hermano mayor, el doctor Sean Hannigan, y eso es algo que ni mi amor propio ni yo podemos permitir.

—Álex, es una buena oportunidad —intento convencerla—. Además, sabes que mi sueño es ser editora.

—Sí, pero de la revista *New Yorker*, no de *Spaces*.

—Es un primer paso.

Se toma unos segundos para sopesar mis palabras y finalmente sonrío. Yo suspiro aliviada mentalmente porque el tema de mi crisis económica personal haya quedado atrás.

Un Martini Royale después, estoy en el andén de la estación de metro de la 42 con Bryant Park, esperando el tren que me llevará hasta el edificio del Riley Enterprises Group, el conglomerado empresarial al que pertenece la revista *Spaces*. Un tren llega extrañamente tarde. Miro mi reloj y me doy cuenta de que llevo casi quince minutos esperando. ¿Qué estará ocurriendo? Echo un vistazo a mi alrededor intentando comprobar si hay algo fuera de lo común, pero todo parece normal. Entonces dos mujeres de mediana edad se colocan tras de mí y comienzan a comentar lo injustas y poco profesionales que son las huelgas de metro. ¿Huelgas de metro? Mi cerebro, creo que a causa de la falta de sueño, tarda un segundo de más en procesar lo que eso significa. ¡Llegaré tarde a la entrevista!

Salgo disparada de la estación y corro las catorce manzanas de trayecto hasta el edificio del Riley Enterprises Group, en la 58 Oeste. Cuando por fin lo veo al otro lado de la calle, por un momento olvido toda la urgencia que me ha llevado hasta aquí y sólo puedo pensar en lo majestuoso que es. Construido en ladrillo visto oscurecido y con el nombre corporativo en elegantes y discretas letras color vino tinto. De repente vuelvo a la realidad y cruzo la calle obviando el peligroso tráfico.

El vestíbulo está presidido por un enorme mostrador de madera clara con dos guardias de seguridad perfectamente uniformados.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me pregunta uno de ellos amablemente.

Me inclino un segundo apoyando las manos en mis rodillas para recuperar el aliento. El guardia, un hombre afroamericano de unos cincuenta años, me mira paciente esperando mi respuesta.

—Sí —digo finalmente tras incorporarme—, tengo una entrevista de trabajo en la revista *Spaces*.

—¿Su nombre, por favor?

—Maddison Parker.

El guardia comprueba una lista sujeta a una carpeta de metal y asiente, imagino que al encontrar mi nombre. Ahora la que lo mira impaciente soy yo.

—Planta veintisiete. Ascensor del fondo. —Me tiende una tarjeta identificativa con mi nombre rotulado—. Lleve la identificación visible en todo momento.

Asiento y corro hacia los ascensores.

Los números de cada piso que alcanzo aparecen en una pequeña pantallita mientras golpeo nerviosa mi pie contra el suelo. Al fin las puertas se abren y vuelvo a salir acelerada. Miro a mi alrededor intentando orientarme y descubro horrorizada que no hay nadie, ni un solo empleado. Quizá el guardia se ha equivocado de piso.

Veo a una mujer al fondo de la prácticamente diáfana planta saliendo de una sala acristalada y me acerco hasta ella.

—Hola.

—Hola —responde secamente.

—¿Podría ayudarme? Tengo una entrevista de trabajo para la revista *Spaces*, pero aquí no hay nadie y no sé si me han indicado la planta correcta.

La chica me dedica una media sonrisa de lo más arisca y rígida y comienza a caminar.

—No se han equivocado. Las entrevistas son en esta planta.

Sonrío y decido seguir su perfecto moño de ejecutiva. Parece ser que aún estoy a tiempo. La mujer se detiene frente a otra puerta de cristal a través de la que se extiende una sala de la mitad del tamaño de la actual, llena de decenas de cubículos idénticos dispuestos en perfecta fila.

—Como le decía —continúa girándose hacia mí—, las entrevistas son en esta planta, pero finalizaron hace quince minutos.

—Lo sé —intento explicarme—, pero había una huelga de metro.

—Señorita —me interrumpe y baja su fría mirada para leer mi tarjeta identificativa—. Parker, comprendo sus circunstancias, pero para nosotros cada minuto cuenta.

Sin darme siquiera tiempo a reaccionar, cruza la puerta de cristal y la cierra tras de sí. Intento llamarla, pero *miss cada minuto cuenta* se marcha sorteando cubículos y desaparece sin mirar atrás.

Dejo caer mi frente sobre el cristal. No sé si me siento más triste o más desesperada. Mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolso y miro la pantalla. Es el señor Stabros, mi casero. Rechazo la llamada y vuelvo a guardar el teléfono. Ahora no se me ocurre ninguna excusa.

Dios, voy a quedarme sin casa.

Camino unos pasos y me siento, exasperada, sobre uno de los escritorios. Resignada, me quito la identificación de un tirón. ¿Qué voy a hacer? No tengo ni la más remota idea. No me gustaría preocupar a mis padres, pero tampoco quiero tener que volver a Carolina del Sur con ellos.

En mitad de esta acuciante reflexión vital, oigo pasos al otro lado de la sala. Alzo la mirada y observo a dos hombres que caminan desde el pasillo del fondo. Están hablando. Uno de ellos debe de rondar los treinta años. Tiene el pelo castaño claro y unos preciosos ojos azules. Lleva un traje de corte italiano gris marengo con camisa blanca y corbata roja. Es muy guapo, probablemente el chico más guapo que he visto en mi vida. No sé qué es, pero tiene algo que me impide apartar la mirada de él.

De pronto pierde su vista en la sala y repara en mí. Yo me ruborizo al instante y aparto mi mirada de la suya. Espero que no se haya dado cuenta de cómo lo observaba.

Es realmente atractivo, me recuerdo, como si me hubiese sido posible olvidarlo. Muy muy atractivo, me reitero y, antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a mirarlo de una manera mucho menos sutil de lo que pretendo.

Él sigue conversando, así que me tomo la licencia de contemplarlo. Me fijo en pequeños detalles, como la mane-

ra en la que se pasa la mano por el pelo y después la deja en su nuca en un gesto reflexivo o cómo, mientras presta atención a su interlocutor, se coloca los dedos índice y corazón sobre los labios. Mmm... sus labios parecen muy sensuales.

Pero ¿qué me pasa?, me digo obligándome a volver a la realidad y a dejar de contemplarlo. ¿Por qué no puedo parar de observarlo?

Sin embargo, antes de que pueda contestar mi propia pregunta, vuelvo a hacerlo y él me pilla otra vez, mirándolo completamente embobada. Aparto la vista aún más rápido que la primera vez y me ruborizo de nuevo. Esto es ridículo.

De reojo, veo cómo se despide del otro hombre. Tierra trágame, está viniendo hacia aquí. Avergonzadísima y calibrando si podría alcanzar el ascensor antes de que él llegara, clavo mi vista en la impoluta pared de enfrente.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Estoy perdida. De cerca es aún más guapo. Tiene unos ojos indescriptiblemente bonitos y azules, muy azules.

—No, muchas gracias.

Creo que el que sea tan atractivo me pone demasiado nerviosa.

—¿Está segura? Por la manera en la que se dejaba caer sobre el cristal hace un segundo, parecía necesitar ayuda.

—Tenía una entrevista de trabajo, pero he llegado tarde por culpa de la huelga de metro.

Me asombra haber sido capaz de decir la frase sin titubear.

—Parece muy contrariada. ¿Le hacía mucha ilusión trabajar aquí?

Se apoya en la mesa frente a la mía a la vez que cruza los brazos. Se le ve realmente interesado.

—No, no especialmente, pero necesitaba el trabajo.

Mi móvil comienza a sonar. Sin mirarlo, ya sé quién es. El señor Stabros insiste, pero yo sigo sin tener una respues-

ta para él. Rechazo de nuevo la llamada y guardo el teléfono otra vez en el bolso. Todo bajo su atenta mirada.

—¿Para qué puesto era la entrevista?

—Ayudante del editor.

—¿Quiere ser editora?

—Algún día, sí.

—¿Y qué tal se le da la arquitectura?

—Sí le soy sincera, no sé mucho de arquitectura.

Frunce el ceño. Parece que mi respuesta no le ha gustado.

—He estudiado periodismo en Columbia y tengo un máster en gestión de publicación impresa por la Universidad de Nueva York. Aprendo rápido, y aunque no sé mucho de arquitectura, sí del mundo de las revistas.

Él me mira, espero que satisfecho por mi respuesta, y yo me descubro embargada por el deseo de complacerlo. ¿Cómo puede ser posible? No lo conozco. Su opinión no debería importarme.

—¿Así que la Universidad de Nueva York?

—Sí, hoy he hecho mi último examen.

—Enhorabuena.

—Gracias —musito.

Acompaña su comentario con una sonrisa y, por un segundo, temo desmayarme.

«¡Tranquilízate, Parker!».

Creo que es la sonrisa más maravillosa que he visto nunca, capaz de desarmar a la mujer más escéptica.

Mi iPhone suena otra vez. El señor Stabros comienza a impacientarse. Rechazo la llamada.

—Parece que hay alguien muy interesado en contactar con usted.

—Es mi casero.

Me freno antes de contarle toda la historia. Ni siquiera sé su nombre. Sin embargo, él me mira esperando que continúe. Sus ojos parecen hipnotizarme y, por un momen-

to, pierdo el hilo. Tengo que esforzarme para poder recordar de qué estábamos hablando.

—Le debo tres semanas de alquiler. Si no le pago, me quedaré sin casa. —Hago una pequeña pausa—. No sé por qué le estoy contando esto. Supongo que debe estar preguntándose lo mismo.

—No, me gusta escucharla.

—Gracias.

Siento que las mejillas me arden. No entiendo por qué estoy reaccionando así. No suele ser mi comportamiento habitual. Normalmente soy una persona extrovertida, al menos lo suficiente como para poder pronunciar más de dos frases sin que el rubor tome mis mejillas.

—¿Ha probado a hablar con el director ejecutivo de la empresa? Quizá si le explica lo ocurrido...

—No creo que a alguien como Ryan Riley le interese mi situación.

—Dicen que es un tipo bastante corriente.

—Corriente no creo que sea la palabra que mejor lo define —contesto con una leve sonrisa en los labios.

—¿Y cuál sería? —me pregunta imitando mi gesto.

—No lo sé, pero si tuviera que imaginármelo, diría que es un multimillonario presuntuoso que mira el mundo desde su castillo en la parte más alta del barrio de Chelsea, rodeado de mujeres guapísimas que pronuncian su nombre en diversos idiomas.

Su sonrisa se ensancha.

—Pero me gusta lo que hace con su empresa. Dedicar mucho dinero a fundaciones benéficas, ayuda a mucha gente y lleva a cabo todos esos programas de reconversión ecológica. Me gusta que intente cambiar el mundo. —Recapacito sobre mis propias palabras—. Supongo que, al final, es un buen tío.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero lo del harén multicultural seguro que también es verdad.

Me sonrío de nuevo y en su mirada veo algo diferente. Sus ojos azules se llenan de ternura, pero también de algo que no logro identificar.

En ese momento, el mismo hombre con el que hablaba antes se acerca a nosotros.

—El coche le espera, señor Riley.

¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?!

Me levanto de un salto. Él me sonrío una vez más mientras se incorpora grácilmente.

—En seguida voy.

El hombre se retira ante mi atónita mirada. No puedo creer lo que está sucediendo.

—Finn —lo llama de nuevo—, avisa a Bentley Sandford y dile que la señorita...

Me mira invitándome a decir mi nombre.

—Maddie, Maddison Parker —susurro aún demasiado perpleja.

—Maddison Parker es su nueva ayudante. Empezará mañana. Yo mismo le he hecho la entrevista.

El hombre asiente.

Estoy tan alucinada que no soy capaz de articular palabra. ¡Es Ryan Riley! Sólo puedo pensar en la cantidad de tonterías que he dicho sobre él. Afortunadamente también he dicho algo bueno.

Su ayudante o su asistente o lo que sea se marcha y nos quedamos en silencio. Ryan Riley me observa. Creo que está intentando sopesar mi reacción, pero la verdad es que ni siquiera yo me he planteado todavía cómo me siento.

—Señorita Parker, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, claro.

Casi tartamudeo. Estoy demasiado nerviosa.

Él vuelve a sonreír. Parece que esta situación le divierte y entonces lo veo claro: se está riendo de mí. Todas las preguntas que me ha hecho han sido con ese propósito. Me siento furiosa y ofendida, y esos sentimientos por fin me dan el impulso necesario para reaccionar.

—Espero que se haya divertido a mi costa, señor Riley.

Me mira con los ojos como platos, sorprendidísimo de mi comentario. Yo giro sobre mis talones y comienzo a caminar tan deprisa como puedo sin llegar a correr. Él reacciona y me toma por el brazo, obligándome suavemente a darme la vuelta. Por un momento ese contacto me embriaga y me paraliza como si todo mi cuerpo estuviese deseándolo.

—Espere un momento. Creo que me ha malinterpretado.

Me suelta y entonces vuelvo a recordar lo enfadada que estoy.

—¿Qué había que malinterpretar? Me ha mentido y ha dejado que diga todas esas tonterías sobre usted.

—Lo de cambiar el mundo ha estado bien —replica con una sonrisa arrogante en su rostro.

—No sabía que usted era Ryan Riley —me defiende aún más ofendida si cabe.

—¿No lo habría dicho de haberlo sabido?

—Probablemente sí, porque realmente lo pienso. —Me freno a mí misma. No pienso regalarle los oídos ni un segundo más—. Pero ése no es el caso. Me ha engañado —sentencio.

Mi frase le hace entornar los ojos. Puedo ver cómo sus perfectos labios se aprietan hasta formar una delgada línea.

—Yo no la engañé. No tengo la culpa si se muestra tan receptiva con los desconocidos.

—¿Qué?

¿Cómo se atreve?

—Y si se tranquiliza, podemos ir a tomar un café y podrá seguir contándome todas sus penas.

No puedo evitar que una carcajada escandalizada escape de mis labios. ¿Cómo se puede ser tan capullo?

—Por supuesto que no. Ahora mismo no me cae nada bien, ¿sabe?